III
LOS AÑOS 20
EL CERRO DE MERCADO

Al arribar a los estratégicos años 20, Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey tenía frente suyo un panorama delineado por estas aristas:

1. En 1919, el alto horno había logrado producir apenas la misma cantidad de hierro en lingotes vaciada en 1903, cuando la planta comenzó a funcionar (cuadros 1 y 2). Esas poco más de veinte mil toneladas no soló resultaban menos de la tercera parte de lo producido en 1911, sino que no desbordaban el 20 por ciento de la capacidad instalada de la siderurgia.

2. El acero, gracias a la utilización de pedacería y chatarra, durante 1919 se había alcanzado a superar todas las marcas fijadas desde 1913, al estallar la guerra civil. Pero todavía se estaba muy lejos de utilizar la planta en toda su potencialidad, y las 37,500 toneladas generadas no sumaban más del 44 por ciento fabricado en 1911.

3. Las ventas, en cambio, y gracias a las necesidades de los ferrocarriles, habían ascendido a un nivel sólo desbordado con amplitud en 1910 y 1911. Pronosticaban, por otro lado, las buenas salidas del primer semestre de 1920, cuando se sintió un firme tirón del mercado.

Dentro de lo que cabía, la década se inauguraba con algún optimismo. Si la situación interior terminaba de normalizarse, si el gobierno mexicano alcanzaba reconocimiento internacional sobre todo de Estados Unidos, ponía en marcha una política de expansión de obras públicas y adoptaba medidas proteccionistas, el futuro podría tornarse auspicioso para la más grande siderurgia de América Latina.

Quizas por ello Fundidora caminó en 1920 uno de los escalones más importantes desde su fundación, y uno de los principales antes de la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial: la adquisición de los "codiciadísmos" yacimientos del Cerro de Mercado, en Durango.

Su compra sería, en verdad, el punto inicial de un dificultoso pero nítido proceso de expansión, reestructuración y diversificación que la empresa llevaría adelante en los años 20 y 30, y que la consolidarían antes de la finalización de esta última década.

El control y explotación de este famoso yacimiento ferrífero muestran, de paso, el impacto regional de la industria pesada asentada en Monterrey. Con tres grandes establecimientos que movilizaban enormes demandas de materias primas (minerales, combustibles), de servicios de transporte y de fuerza de trabajo, este sector fabril dinamizo con vigor la mercantilización y monetización del gran norte oriental de México, ámbito decisivo para la configuración del mercado nacional al comenzar el siglo.

La apropiación y usufructo del Cerro de Mercado respondió a una dinámica que ya desde fines del XIX tendía a convertir a Monterrey por las características de su brote industrial en uno de los pivotes de este vasto espacio ubicado debajo de Texas y al oriente de la Sierra Madre Occidental.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Nadie pareció celebrar tanto la adquisición del Cerro de Mercado como el mismo Adolfo Prieto y su Consejo de Administración. En mayo de 1921, al rendir el informe correspondiente al año anterior, Prieto indicaba que se había concretado "el hecho culminante en la vida de este negocio". Tras recordar "la importancia grandísima del reajuste de las deudas" efectuado en 1917, expresaba que ni este último hecho, ni los arreglos logrados en 1919 en torno al aprovisionamiento de carbón, podían compararse a la significación asumida por "la adquisición de las principales minas de hierro de la gran mesa central mexicana".[18]

La "prolongada inacción" provocada por la Revolución entre 1913 y 1917, las penurias afrontadas para reanudar el trabajo normal, "la imposibilidad de organizar en alguna forma el crédito necesario para hacer frente a una operación de esta importancia (por) la carencia de Bancos de emisión en el país", habían impedido hasta ese momento la operación.

Pero los todavía altos precios del hierro en 1920 y un movimiento favorable en su primer semestre aunque acechado por "las alternativas, a veces desconcertantes, a que estuvo sometida nuestra actividad industrial, casi siempre... por acontecimientos políticos trascendentales" habían colocado a Fundidora en condiciones de efectuar la compra.

El Cerro de Mercado que en su porción fundamental pertenecía a los sucesores de James Callanan, de Iowa fue transferido a la empresa por medio millón de dólares (alrededor del 12.5 por ciento del total de ventas efectuado en 1920). Fundidora pagó al contado 110 mil dólares y, el resto, en mensualidades de diez mil.

Aunque en los años 20 no se conocía con exactitud las reservas de hierro de este cerro, todas las presunciones le asignaban un alto valor. En 1923, los ingenieros Manuel Santillán y Pedro González, ha pedido

de la propia empresa, evaluaron que la estimación realizada por el Instituto Geológico de México 75 millones de toneladas eran "un calculo conservador" y referido sólo a "la parte maciza del criadero".[19]

Al comprar este yacimiento de manera simultánea a los aún no explotados de Sierra de las Cruces "Hércules", 120 kilómetros al norte de Sierra Mojada, por los que se pagaron otros 250 mil dólares, Fundidora intentaba articular un cerrado monopolio sobre las reservas probadas de minerales de hierro en México.

Tanto era así que, en un informe especial de noviembre de 1920, Prieto concluía que no sería factible en adelante "establecer en las altiplanicies mexicanas, ni en sus costas orientales, ningún otro negocio de amplio capital y de esfera de acción semejante al nuestro por falta absoluta de minerales de fierro (para) constituirlo".

Quedaba subsanado, según su por momentos agrio análisis, uno de los grandes dilemas que dejaron pendiente, en 1900, los fundadores:

> ...guiados única y exclusivamente por teóricos aunque muy honrosos entusiasmos, no habían previsto la necesidad de proveerla (a la planta de Monterrey) de reservas de minerales de hierro en cantidades ilimitadas. Habían cometido el gravísimo error de proyectar instalaciones para centenares de miles de toneladas de acero por año sin comprender que, al erigir en Monterrey una planta para cien mil toneladas de acero, tan sólo tenían minas o minerales de hierro asegurados y preparados para... el primer año de trabajo.[20]

El informe sobre las operaciones de 1920 reiteraba tan grande regocijo. Fundidora estaría cubierta, en lo sucesivo,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

particularmente visible desde que asumió Plutarco Elías Calles, en 1924.

El reordenamiento global del aparato productivo, financiero y de servicio incluyó la implementación de programas carreteros, obras de irrigación e intentos de reestructuración ferroviaria que brindarían inéditas posibilidades a dos industrias básicas: la del cemento y la siderúrgica (Krause, 1981; Haber, 1989). La reconstrucción económica procuraba desenvolverse, empero, cuando los grupos de poder gestados por la revolución perduraban en su lucha por el control del Estado, cuando arreciaba la caída de la producción y exportaciones de petróleo y para agravar el paisaje México resentía otro descenso de los precios de la plata, desde 1926. La década de los 20 comenzó y terminó, pues, en medio de severas dificultades económicas: las derivadas del proceso revolucionario, al inicio; una recesión virulenta, que hacia 1930 engarzaría con la crisis mundial, al final (Krause, 239 y ss).

Para la siderurgia regiomontana, en concreto, la ampliación del mercado no podía depender, en esos años, más que de las demandas gestadas por la acción del Estado: las obras públicas y la reestructuración ferroviaria tendrían que ser dos piezas clave para poder enfrentar un mercado interior que además de reducido se encontraba absolutamente deprimido. Una vez que el aparato productivo se convirtiera en un sustancial solicitante de hierro y acero como sucedía en los países avanzados se podrían plantear posibilidades diferentes.

Lo que favorecía a Fundidora pese al agrio panorama mexicano era su virtual condición de empresa monopólica. En julio de 1926, Adolfo Prieto sintetizaba al analizar "la industria del acero en México" que aunque existían en el país tres plantas, la única que realmente contaba era la que estaba bajo su dirección. Pese a tantos inconvenientes, añadía, la empresa "últimamente ha tomado gran incremento y nadie duda que, si la situación del país se mantiene, esta Compañía (pronto) será poderosa". Una prueba de su firmeza lo manifestaba lo difícil que era adquirir acciones de Fundidora. "El mercado se alborota en cuanto se intenta comprar alguna cantidad importante". Quizás la evidencia más convincente del optimismo con que Prieto veía el futuro de la compañía era que, para entonces, lideraba el grupo de tres personas que controlaban la mayoría de las acciones.[23]

Aunque "las revoluciones contra los señores Carranza y Obregón trastornaron (desde 1918) su desarrollo" apuntaba el directivo Fundidora había seguido progresando. Su activo podía estimarse a mediados de 1926 en cincuenta millones de pesos (cerca de 25 millones de dólares), de los cuales la mitad correspondía a la planta de Monterrey, un cuarto a sus minas de hierro y más de cinco millones de pesos a sus minas de carbón y derechos sobre el subsuelo.[24]

Prieto conocía en detalle lo imperioso de compartir la *magna obra de la reconstrucción económica*. Es que los datos que contaba sobre el funcionamiento y características del mercado interior resultaban terminantes:

El mercado de acero mexicano es reducido. Falta en el país desarrollo industrial, agrícola y de transporte. La multitud de formas que es preciso laminar para obtener el consumo es una causa de gran encarecimiento del costo, porque nunca puede trabajar un Molino más de dos turnos en una misma medida y, muchas veces, trabaja varias medidas en cada uno de los turnos. A pesar de esto, el mercado sólo tiene capacidad para absorber el 50 por ciento de lo que se puede producir en Monterrey con los cilindros disponibles.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA